

Chapter Title: Las contradicciones del desarrollo capitalista

Book Title: América Latina en la vorágine de la crisis

Book Subtitle: Extractivismos y alternativas

Book Author(s): HENRY VELTMEYER

Published by: transcript Verlag, Bielefeld University Press. (2022)

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/j.ctv2sbm7k1.4>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <https://about.jstor.org/terms>



This book is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial 4.0 International License (CC BY-NC 4.0). To view a copy of this license, visit <https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/>.



transcript Verlag, Bielefeld University Press are collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *América Latina en la vorágine de la crisis*

Capítulo 1.

Las contradicciones del desarrollo capitalista

Los avances del capital extractivo en el proceso de desarrollo capitalista en las dos décadas del nuevo milenio, junto a la grave crisis social por la que atraviesa América Latina y las crisis ambientales, como el cambio climático y la pandemia de coronavirus, han puesto de relieve la propensión sistémica del capitalismo hacia la crisis. Esto ha puesto al desnudo las contradicciones y limitaciones estructurales del sistema a escala mundial. La pandemia del covid-19, por encima de las contradicciones del “capitalismo catastrófico” (la crisis social, económica y ecológica), ha evidenciado y agudizado las profundas contradicciones del sistema y la crisis multidimensional en la que estamos inmersos. La llegada al poder de dos políticos en la región, Jair Bolsonaro en Brasil (de extrema derecha) y Andrés Manuel López Obrador en México (de la centroizquierda de la clase política), en el contexto de una amplia difusión del virus, ha puesto de manifiesto cómo la pandemia interactúa con crisis preexistentes y exacerba las condiciones que resultan de ellas. El gobierno federal, en ambos casos, parece hacer todo lo posible para sabotear las medidas recomendadas por la salud pública y adoptadas por los gobiernos subnacionales (estados y municipios). Al momento, sin detalles o datos precisos, es evidente que la situación va de mal a lo peor.

La intención de este capítulo es analizar la dinámica de la crisis por la que atraviesa el sistema capitalista, en un contexto regional específico: América Latina. Es posible argumentar que esta región ha vivido de manera particularmente aguda las contradicciones del sistema, además de que puede ser considerada como un laboratorio de experiencias con-

trahegemónicas, a partir de la presencia de fuerzas que se resisten a los avances del capital y de experimentos con modelos alternativos.

Este capítulo pretende reconstruir, en líneas generales, la dinámica de esta tendencia sistémica en la coyuntura actual. El argumento central es que las formas diversas y cambiantes de una crisis sistémica se remontan a las fuerzas de cambio, asociadas con la transición de un periodo de desarrollo, dirigido por el Estado, a la era neoliberal. Es decir, un periodo de capitalismo de libre mercado, dominado por la expansión del capital financiero, la financiarización de la economía en la periferia del sistema y el avance de capital extractivo en el proceso de desarrollo. Este avance ha liberado y ha dado forma a fuerzas de cambio que se han movilizado, exponiendo, en el proceso, fisuras y contradicciones que están empujando al sistema hacia sus límites y más allá. Queda por ver si las fuerzas de resistencia a los avances del capital financiero y extractivista son lo suficiente para generar un proceso contrahegemónico, o si apuntan en la dirección de una distopía ante la crisis sistémica en curso.

En este capítulo se presentan las dinámicas fundamentales de este proceso en la región. El argumento se construye de la siguiente manera. En primer lugar, se establecen las contradicciones que definen al sistema y promueven una propensión a la crisis. En segundo lugar, se identifican los ciclos de desarrollo y resistencia que resultan de estas dinámicas. Finalmente, se analizan en general la dinámica de la nueva geoeconomía y geopolítica del capital extractivo en la región, se destacan sus impactos socioambientales y las alternativas que se han presentado ante el extractivismo en sus distintas formas.

El desarrollo capitalista⁶

Una de las tendencias fundamentales del desarrollo en América Latina, formada dentro del marco institucional y político del “nuevo orden

⁶ En este libro, los términos *capitalismo* y *desarrollo* pueden ser considerados casi sinónimos. El concepto de desarrollo implica no sólo un *proyecto* (de mejorar la

mundial” de la globalización neoliberal en la década de 1980, ha sido el resurgimiento de una estrategia de desarrollo basada en el extractivismo, es decir, la extracción de recursos naturales y la exportación de estos recursos en forma primaria.⁷ Nada define tan claramente una estrategia extractivista como la noción de “contradicción”, un concepto vital para una comprensión de las dinámicas del desarrollo capitalista (Harvey 2014). Los teóricos marxistas a lo largo de los años se han centrado en dos contradicciones del desarrollo capitalista, a saber: 1) la relación capital-trabajo, que da lugar a una lucha de clases por mejores condiciones de trabajo y, en algunas circunstancias, el control social de los medios de producción, una lucha que dominó el panorama político en el siglo xx; y 2) la contradicción centro-periferia del sistema capitalista mundial, que se manifiesta en la dinámica de dependencia y desarrollo desigual en la periferia del sistema mundial. Aparte de estas contradicciones, un análisis de la dinámica asociada con el avance de capital extractivo ha expuesto una contradicción fundamental minimizada, o casi ignorada por los marxistas: una oposición entre la dinámica de acumulación de capital y los fundamentos ecológicos del proceso de desarrollo (Foster 2002; Martínez 2002).⁸

En el contexto del desarrollo capitalista en la era de la globalización neoliberal, la interacción de las fuerzas generadas por la intersección de estas contradicciones, ha dado lugar a una crisis multidimensional de

condición social de la población), sino un *proceso*, que se refiere al sistema utilizado para el desarrollo de las fuerzas de la producción. De ahí se desprende el concepto central para esta investigación: desarrollo capitalista o simplemente desarrollo.

⁷ Sobre el concepto de extractivismo y los debates en el contexto latinoamericano, véase Gudynas (2015) y Svampa (2019). La estrategia extractivista dominó la política pública de los gobiernos latinoamericanos durante todo el periodo del dominio colonial, desde el siglo xv hasta el xix, pero la estrategia en ese momento se basaba en la explotación imperialista o el pillaje y saqueo más que en el capitalismo. Esta estrategia se llama “el extractivismo imperialista”. El extractivismo también definió la estrategia macroeconómica, que siguieron los gobiernos latinoamericanos, o les impusieron, en la época posterior del capitalismo industrial, que Lenin denominó como “imperialismo, la fase más avanzada de capitalismo”.

⁸ Estas son las tres contradicciones que se analizan en este trabajo, aunque Harvey (2014) considera que hay hasta diecisiete del sistema capitalista.

proporciones globales y potencialmente catastróficas.⁹ La primera manifestación de esta propensión a una crisis sistémica, fue a principios de la década de 1970, la que puso fin a un periodo de crecimiento económico, sostenido por los avances de la clase trabajadora en términos de mejoras en los salarios y las condiciones de trabajo. Estos avances resultaron en el establecimiento de un pacto social entre el capital y el trabajo, en el que el último participa y se beneficia de cada avance en el crecimiento de la productividad. La “década de oro del capitalismo” (los veinte “años gloriosos” de crecimiento económico en el periodo de posguerra), terminó en una crisis de sobreproducción en todo el sistema. Esto tomó forma de un descenso en el ritmo de la tasa de la productividad, combinado con la *stagflation* (una combinación de alto desempleo y un aumento disparado de los precios de las mercancías), que a su vez redujo la capacidad de consumo de la clase trabajadora, acentuando así la crisis.

En la década de 1970, vimos una serie de acciones estratégicas y cambios estructurales, asociados con la búsqueda de una salida a la crisis. Esto incluyó el abandono por el capital del pacto social con la clase trabajadora (el acuerdo capital-trabajo), y una serie de medidas adoptadas a nivel de política pública; es decir, a través de la reconfiguración de las fuerzas de clase dentro del Estado, que se tradujo en la formulación de políticas destinadas a reducir la participación de la mano de obra en el producto social (ingresos nacionales). Esta estrategia, la cual constituyó el arma principal utilizada por el capital en su guerra contra la clase obrera, buscaba revertir los avances de la clase trabajadora a lo largo de tres décadas de lucha (Crouch y Pizzorno 1978; Davis 1984).

Estas acciones, según algunos relatos, que en la década de 1980 habían asumido la forma de una “contrarrevolución conservadora” a los avances incrementales logrados por la clase trabajadora a lo largo de varias décadas (Rapley 1996), tuvieron cierto éxito, en el sentido de que (al

⁹ Existe una abundante literatura sobre las dimensiones económicas y ecológicas de la crisis global del sistema, pero Edgardo Lander (profesor jubilado de la Universidad Central de Venezuela), con referencia al proceso del desarrollo capitalista en América Latina, habla también de una “crisis terminal civilizatoria de la modernidad colonial” (Lander 2019).

menos en algunos relatos) durante la década dieron lugar a una disminución relativa de la participación de la fuerza de trabajo en los ingresos nacionales —10% en el caso de la mano de obra estadounidense, y hasta 50% o más en el caso de los trabajadores de la periferia latinoamericana del sistema.

Otra estrategia para enfrentar la crisis de la década de 1970, fue la redistribución de la renta nacional a favor del capital (con la idea de que este iba a invertirla en negocios productivos). Como un contrapeso a esta medida y para sofocar el fermento revolucionario que se gestaba entre la clase trabajadora, los gobiernos en los estados capitalistas avanzados implementaron una serie de reformas sociales orientadas al bienestar, que tuvieron éxito pero a costo de alimentar otra crisis: una fiscal, que a su vez generaba condiciones políticas para una “contrarrevolución conservadora”, la cual se concretó en medidas encaminadas a solucionar la crisis fiscal atribuida al excesivo poder de mano de trabajo sindicalizado, y a los altos costos de las políticas de bienestar social. Otros resultados de la revolución neoconservadora, fueron el avance de los partidos conservadores en la política electoral (con una política de reducir el déficit de la cuenta pública) y el control de la clase capitalista del aparato estatal, que fue puesto al servicio del capital.

A nivel global, las medidas que se tomaron para enfrentar la crisis de sobreacumulación en la década de 1970 incluyen:

1. La estrategia de las empresas multinacionales de desvincular sus operaciones industriales intensivas en mano de obra, para reubicarse más cerca de fuentes de mano de obra más baratas, lo que llevó a una “nueva división internacional del trabajo” (Fröbel, Heinrichs y Kreye 1980).
2. La implementación de nuevas tecnologías posfordista, destinadas a reducir los costos laborales de la producción industrial, aumentando la flexibilidad laboral y permitiendo así a los patrones y la administración toda la libertad para contratar, despedir y utilizar la fuerza de trabajo de acuerdo con sus necesidades prácticas (Lipietz 1987).
3. La introducción de innovaciones tecnológicas, diseñadas para aumentar la productividad de la fuerza de trabajo (progreso tecno-

lógico) —lo que Marx consideró “el camino revolucionario” hacia el desarrollo capitalista, pero que muchos historiadores ven como una cuarta revolución industrial. Esto implicó la conversión tecnológica del aparato productivo mundial, lo que llevó a la CEPAL a pensar en una “transformación productiva” (CEPAL 1996).

En este contexto de crisis, se podría argumentar que toda acción estratégica y cambio estructural contribuyó al avance del capitalismo. Aun así, parece que la combinación de política y otras medidas adoptadas no aumentó la productividad laboral en general, ni compensó la propensión a las crisis. Esto requeriría una serie de “reformas estructurales” en la política neoliberal —globalización, privatización, desregulación, liberalización del flujo de comercio y capital—, mismas que se implementaron en la década de 1980 en el contexto de un nuevo orden mundial, construido para liberar las “fuerzas de la libertad económica” (el mercado, la empresa privada y la libre circulación de capitales) de las restricciones regulatorias del Estado.

De acuerdo con Bello (2009), el nuevo orden mundial liberará una gran afluencia de capital, tanto en forma de IED como en la expansión de mercados de compraventa de instrumentos financieros, desencadenando así un proceso de financiarización, es decir, flujos de capital ficticios y transacciones que superan con creces el valor de la producción y el comercio mundiales. Sólo un mercado, el de Londres, para especulación sobre el valor de las monedas nacionales, representó en un día un manejo de capital veinte veces mayor que el valor anual del comercio mundial. Según Bello, algunos economistas vieron este proceso de *financiarización* como otra vía de escape de la propensión a la *crisis*. Con los bajos rendimientos en la inversión de capital en la industria y la agricultura, debido al exceso de capacidad, se reinvirtieron grandes cantidades de fondos excedentes en el sector financiero, que “se revirtió en sí mismo” con el resultado contradictorio de aumentar dramáticamente la brecha creciente entre una economía financiera hiperactiva y la economía real, lo que ha llevado a una mayor propensión a la crisis o, en los términos empleados por Bello, a una “implosión financiera” (véase también Amin 2013).

De la crisis financiera global a una crisis sistémica de múltiples dimensiones

Uno de los resultados de las “reformas estructurales”, implementadas en la década de 1980 bajo el marco institucional del nuevo orden mundial, fue la destrucción de las fuerzas de producción acumuladas en la agricultura y la industria en las periferias del sistema, a lo largo de tres décadas de desarrollo gestionado por el Estado. Otros resultados incluyeron “una década perdida para el desarrollo” (cero crecimientos económicos) en las periferias latinoamericanas, y en la década de 1990 una afluencia masiva de capital, en forma de IED a gran escala, en la adquisición de tierras —acaparamiento de tierras (y, en el contexto de la agricultura y en particular la minería de cielo abierto, el agua), en el discurso de estudios agrarios críticos— y la extracción de recursos naturales, con el propósito de exportarlos en forma primaria (para satisfacer la demanda de estos recursos en los mercados capitalistas).

La tabla 1 nos ofrece una representación gráfica, aunque esquemática, de este flujo de capital liberado de las restricciones regulatorias del estado de desarrollo. Proporciona un indicador de la magnitud de estos flujos (un aumento de seis veces en el flujo de IED de 1990 a 1996) y su distribución sectorial. Esto incluye una preferencia notable por el capital extractivo (inversiones en la adquisición de tierra y la extracción de recursos naturales), para el periodo correspondiente al auge de los precios de las materias primas (2003-2012). Con el fin de esta dinámica, que corresponde más o menos al fin del periodo de crecimiento económico de los países involucrados en el ciclo progresivo —por ejemplo, el PIB regional sufrió un descenso abrupto de 6.3% en 2010 (4.7% en 2011) a 1.1% en 2014, y apenas 0.9% en 2019—,¹⁰ el avance del capital extractivo en la región perdió su dinamismo, lo que se ve claramente en la tabla.

¹⁰ Al respecto, véase a Garry y Moreno (2015).

Tabla 1. Distribución porcentual de la IED por sector en América Latina

	2000	2002	2004	2006	2008	2009-2013	2014	2016	2018
Recursos	10	12	12	12	30	36	22	18	16
Manufacturas	25	38	38	36	22	23	34	29	48
Servicios	60	11	46	51	47	40	44	53	35

Fuente: Arellano (2010) para 2000-2008; CEPAL (2016) para 2014; CEPAL (2019) para 2009-2013, 2016 y 2018.

En el contexto del nuevo milenio, la preferencia del capital en búsqueda de beneficios para las inversiones en recursos naturales sobre las oportunidades económicas que ofrecen los servicios y la manufactura, creó una situación completamente nueva para el desarrollo en la periferia latinoamericana. Respecto a las dinámicas de esta nueva geoeconomía de capital, véase la discusión en el capítulo 2 y el resumen del debate a continuación.

Otro avance en el “desarrollo” asociado con la construcción del orden mundial neoliberal, fue una tendencia hacia la financiarización, que se refleja en una disyuntiva y desconexión entre la economía real (basada en las actividades productivas de diferentes clases de actores económicos y la inversión de capital industrial), y una superestructura financiera basada en gran medida en la base del capital financiero ficticio, el capital circulando en los mercados monetarios e invertido en diversos instrumentos financieros, contratos futuros de materias primas, etc. Las dos décadas siguientes de los años ochenta, esta desconexión se reflejó en el mayor alcance, poder y hegemonía del capital financiero, y el surgimiento (en los años de 1980 y 1990) de un ciclo de crisis financieras, que culminó con la llamada crisis financiera global (Foster y Magdoff 2009; Konings 2010).

La anatomía de una crisis sistémica

Con el advenimiento del nuevo milenio, la propensión del capitalismo hacia la crisis amenazaba con engullir todo el sistema en forma de lo que algunos han llamado capitalismo de desastre; otros una crisis global

planetaria o civilizatoria. Amin escribía sobre una inminente “implosión financiera”. Respecto de esta caracterización y diagnóstico sobre el alcance y la profundidad, así como las dimensiones potencialmente catastróficas de una crisis sistémica global, existe un consenso. Sin embargo, no existe uno con respecto a la naturaleza y las causas fundamentales de la crisis. Por un lado, se ubican los que ven la crisis como el resultado inevitable de la dinámica fundamental del desarrollo capitalista de las fuerzas de producción; dinámicas que algunos remontan al siglo XIX, otros al siglo XV, es decir, a los inicios de un periodo largo de colonialismo europeo dominado por la apropiación y expropiación de tierras, la formación de un sistema racializado de esclavitud, explotación de trabajo forzado y expansión del comercio internacional en condiciones de capital mercantil, desarrollo desigual e imperialismo.¹¹

Por otro lado, se encuentran también aquellos que ven la crisis como el resultado de una intervención humana a gran escala y acelerada en los procesos naturales del planeta, asociados con lo que se ha descrito como una nueva época geológica: el Antropoceno. Un diagnóstico crítico de la crisis global con la noción del Antropoceno, nos desafía a pensar en el problema socioecológico en términos de la idea de que la humanidad enfrenta una crisis de proporciones globales e impredecibles; ya sea según un grupo de científicos climáticos de la Universidad de Leicester, la University College de Londres y el Servicio de Servicio Geológico Británico, bajo el liderazgo de Jan Zalasiewicz (Svampa 2019, 104-107) en la década de 1950; o según el historiador marxista J. W. Moore (2017), quien sostiene que, hace unos quinientos años, la humanidad cruzó ese umbral. Es una crisis del *antropos*, entendida esta, en

¹¹ Estrictamente hablando, la riqueza, predominantemente en oro y plata, extraída en el proceso colonial europeo no fue para acumular capital. Más bien fue para enriquecer a una clase de comerciantes en un proceso de comercio internacional y, más importante aún, para financiar los gastos y los déficits fiscales de la monarquía y los Estados, y para financiar sus guerras y operaciones militares. Por ejemplo, entre los años 20 y 50 del siglo XVI, se incrementó en siete veces la renta, que fue apropiada por el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, en forma de impuestos al comercio de plata extraída de México y Perú. En este contexto, podemos hablar de imperialismo extractivista, no de capitalismo extractivista.

términos genéricos, por su capacidad para poner en riesgo el sistema de soporte vital.

Muchos defensores de la idea de un Antropoceno (una época que refleja un cambio decisivo en la relación sociedad-naturaleza, donde la primera domina a la segunda), sitúan los finales del siglo XVIII como el comienzo de la Revolución Industrial y el proyecto de subyugar la naturaleza para lograr el progreso económico de la humanidad; esto incluye a Crutzen, a quien se le atribuye esta noción del Antropoceno. Otros analistas (por ejemplo, Moore 2016), al pensar en una “ruptura metabólica”, prefieren el concepto de Capitaloceno para analizar las contradicciones del sistema capitalista con la naturaleza.¹² Con esta perspectiva, es el capitalismo —el incesante impulso de acumular— y no la intervención humana el que tiene la culpa por la crisis ecológica y la degradación del mundo natural. Los analistas de una “ruptura metabólica” enfatizan el riesgo de una crisis ecológica, en la medida en que los actores económicos y políticos dominantes siguen promoviendo modelos de desarrollo insostenibles, que amenazan no sólo la vida humana, sino también la de otras especies y del sistema de la Tierra en su conjunto. En consecuencia, como diagnóstico crítico, el enfoque en el Antropoceno cuestiona la lógica de la acumulación incesante y el crecimiento económico, basado no tanto en la explotación del trabajo, sino en una explotación intensiva de la naturaleza hasta el punto de empujar el sistema más allá de sus límites de su capacidad de carga.

La segunda narrativa sobre la naturaleza de la crisis global, se basa en la dinámica de crisis del capitalismo, misma que se origina y se puede remontar a aquellas contradicciones que son endémicas del sistema. Existe un debate en curso sobre la naturaleza de estas contradicciones (véase Foster 2002), pero también existe el consenso de lo que implica tanto el proceso de desarrollo capitalista (el impulso a la acumulación como la mercantilización de todos los factores de producción) como la base ecológica del sistema capitalista mundial. El enfoque de muchos estudios sobre la economía política y la ecología del desarrollo capitalista,

¹² Sobre esto, véase Tetreault (2013).

ha sido parte de lo que el economista e historiador neomarxista Piketty (2014) ha nominado como la contradicción fundamental del capitalismo. En otros términos, es una propensión al desarrollo desigual de las fuerzas de producción y las disparidades sociales en la mala distribución de la riqueza y los ingresos, cuyas condiciones pueden trazarse a nivel de las relaciones internacionales y dentro de los países tanto en el centro del sistema como en las periferias.¹³ El *Informe sobre desigualdad global* de Oxfam (2020), por ejemplo, deja claro que la desigualdad económica, habiendo alcanzado proporciones de crisis globales en condiciones de una crisis multidimensional, está fuera de control. Basta sólo un dato: en 2019, los multimillonarios del mundo, apenas 2 153 personas, contaban con más riqueza que 4.600 millones de personas.¹⁴

Estudios recientes han documentado estas dimensiones de las crisis y el rol de la globalización neoliberal —es decir, de las políticas exigidas por el Consenso de Washington sobre las virtudes del capitalismo de libre mercado—, en acelerar una tendencia sistémica hacia una desigualdad vertiginosa, la profundización de la pobreza y la concentración de los ingresos y la riqueza.¹⁵ Según Oxfam (2018), la tendencia hacia el aumento de las desigualdades sociales ha avanzado hasta el punto de que en 2018 sólo 42 personas poseían la misma riqueza que 3.700 millones de personas en el sistema mundial, con el 1% más rico apropiándose de hasta el 90% de toda la riqueza generada en las últimas dos décadas.

¹³ Sobre estas desigualdades, véanse a CEPAL (2010), Milanovic y Yitzhaki (2002) y Piketty (2014).

¹⁴ En el otro extremo de esta división de riqueza e ingresos, tenemos a escala global una expansión de la pobreza y el desempleo, la inseguridad alimentaria, el hambre, las enfermedades pulmonares y respiratorias, condiciones agravadas por la pandemia del covid-19.

¹⁵ El PNUD, en un informe publicado en 2010, hizo una clara conexión entre la problemática de la desigualdad y la pobreza, por un lado, y la agenda política, por otro. Según el informe, existe una “correspondencia directa entre el avance de la globalización, el neoliberalismo y el avance de la desigualdad social en la pobreza, la inequidad social”. Concluye que “las contradicciones más explosivas [...] se dan porque el avance de la globalización [neoliberal] marcha de la mano con el avance de la pobreza y la polarización sociales” (PNUD 2010, xv).

En el contexto latinoamericano, varios estudios inspirados en la obra de Piketty (por ejemplo, Kessler 2016) concluyeron que en los casos típicos de Argentina, Brasil, Chile y Colombia, el 1% más rico de la población se apropió del 23% al 30% del ingreso nacional generado entre 2006 y 2012; esto sucedió en pleno apogeo del auge de los bienes de consumo y el coincidente ciclo progresista. Además, este mismo y otros estudios (por ejemplo, Svampa 2019) concluyen que el éxito —atribuido a los gobiernos formados en el ciclo progresista— para lograr una reducción de la tasa de pobreza, mediante una política de transferencia monetaria condicionada a los pobres y una estrategia neoextractivista, no corresponde a una reducción de las desigualdades en la distribución de la riqueza, ni de la tierra, ni de los ingresos. A este nivel (la estructura de la desigualdad social) persiste el “predicamento de la desigualdad” y la pobreza, y la región sigue siendo la más desigual del mundo, con las manifestaciones correspondientes de una propensión hacia una aguda crisis social.

En el otro extremo de la concentración global de la riqueza y la distribución del ingreso, se estima que, a pesar del rápido crecimiento económico en algunas macrorregiones y la multiplicidad de esfuerzos en las últimas dos décadas en la guerra contra la pobreza mundial, entre 950 millones y 1 300 millones de personas todavía viven en condiciones de pobreza extrema a nivel mundial; es decir, con menos de un dólar al día y, por lo tanto, son incapaces de satisfacer sus necesidades humanas básicas. Esto significa que casi 800 millones de personas no reciben suficiente comida, y alrededor de 500 millones de personas están crónicamente desnutridas, evidenciando así una crisis social de proporciones globales. De hecho, más de un tercio de los niños del mundo están desnutridos; más de 840 millones de adultos son analfabetos, de los cuales 538 millones son mujeres; y 1 200 millones de personas viven sin acceso a agua potable.

Estos son algunos de los hechos básicos y cifras relacionados con lo que Piketty denomina como la “contradicción central del capitalismo”: la desigualdad, lo que se manifiesta no sólo en la dinámica del desarrollo desigual en las relaciones norte-sur y una mala distribución de la riqueza y los ingresos, sino también en desigualdades ambientales; es decir,

en asimetrías en el poder de disponer y beneficiarse de recursos que son esenciales tanto para la producción económica como para la vida humana. Incluso los recursos naturales, como el agua, el suelo y la energía que forman parte de los bienes comunes globales pero bajo el capitalismo, se mercantilizan y se transforman en mercancía. Además, aparte de estas desigualdades sociales y ambientales, tenemos las asimetrías de poder relacionadas con el deterioro ambiental causado por las operaciones destructivas del capital extractivo. En el caso del extractivismo en la gran minería a cielo abierto, se trata de ambas dimensiones de la desigualdad: la social y del medioambiente. La extracción de recursos naturales implica tecnologías y métodos que provocan graves daños a la naturaleza: el uso de grandes cantidades de agua, la contaminación con productos químicos, la quema de hidrocarburos que emiten dióxido de carbono, etc. Además, debido a la probabilidad de derrames de gas y petróleo, se encuentran los daños ambientales asociados con el transporte de petróleo desde sitios de extracción a mercados distantes a través de oleoductos, que representan una amenaza para las comunidades locales y el medioambiente.

La coyuntura actual de crisis en América Latina

América Latina, en el proceso actual de desarrollo capitalista, se encuentra sumergida en una vorágine de fuerzas de cambio social, generadas por la interacción coyuntural de diversas dinámicas de una crisis multifacética. Estas dinámicas en mayor parte preexistieron a la emergencia del covid-19, pero la pandemia ha agravado las condiciones de estas crisis y ha desnudado las contradicciones del sistema como la desigualdad.

Esta condición no se le puede atribuir solamente al capitalismo, al funcionamiento normal del sistema. Es una condición enraizada en una historia de quinientos años de explotación imperialista, un legado del periodo colonial que se manifiesta en la alta concentración de tie-

rras, medios de producción y poder político. Las desigualdades de estos tiempos, en la forma de dos mundos superpuestos, se extendieron y profundizaron en el siguiente periodo liberal clásico, a través de la minería y la agricultura a fines del siglo XIX y principios del XX. A pesar de los importantes aumentos en el crecimiento económico y la industrialización, durante la siguiente etapa de desarrollo capitalista —conocido como el desarrollismo, es decir, capitalismo promovido por el Estado en forma de industrialización por sustitución de importaciones—, la estructura de la desigualdad empeoró aún más. Para las décadas de 1950 a 1970 —la época del estado desarrollista—, la desigualdad, medida por la distribución del ingreso per cápita a través del coeficiente Gini, era la peor del mundo, con un rango de 0.47 a 0.65 (Cornia 2014, 5). Hay que tomar en cuenta que tales medidas de ingreso excluyen la riqueza y subestiman la multidimensionalidad de la desigualdad. Diariamente, señala Gootenberg (2010, 1), “los latinoamericanos viven y ven estas disparidades en la manera en que hacen política, construyen espacios urbanos, trabajan la tierra, se unen a movimientos sociales nuevos y antiguos, experimentan el crimen y el estrés medioambiental, y ganan acceso a recursos educativos, nutricionales, sanitarios, legales, culturales y mediáticos”.

A partir de los años ochenta, la reestructuración neoliberal se extendió por la región en medio de hiperinflación y crisis de deuda, liberalizando el comercio internacional y la inversión, privatizando empresas públicas y reduciendo el gasto social. Esto fue, particularmente en sus etapas iniciales, una transición violenta y autoritaria. “Con algunas excepciones importantes”, señala el historiador Grandin (2004, 14), en toda América Latina “el terror preventivo y punitivo orquestado por el Estado y la élite fue clave para marcar el comienzo del neoliberalismo”. El cataclismo de la contrarreforma neoliberal en la década de los años ochenta del siglo pasado, subraya Grandin, “tuvo tanto que ver con la destrucción de los movimientos de masas como con el surgimiento de nuevas élites financieras invertidas en los mercados mundiales”.

Estas políticas económicas tuvieron consecuencias negativas para la pobreza y la desigualdad, empeorando aún más la región más desigual

del mundo en todos los aspectos. Las tasas de pobreza aumentaron del 40.5% de la población en 1980 al 44% en 2002. En términos absolutos, esto se tradujo en un aumento de 84 millones de personas pobres, de 136 millones en 1980 a 220 millones en 2002 (Boltvinik y Araceli 2006, 145). El índice Gini regional promedio se elevó hacia el cielo a lo largo de esas décadas, aumentando en 2.2 puntos durante los años ochenta, 1.7 puntos durante la década de los noventa y otros 1.2 puntos durante la recesión regional de 2001-2002, lo que da un total de 5.1 puntos durante el periodo neoliberal ortodoxo (Cornia 2014, 25). Los salarios industriales reales disminuyeron, la informalización del mundo del trabajo se expandió y los programas de seguridad social ya insuficientes se redujeron drásticamente, generando las enormes disparidades y desigualdades sistémicas iluminadas por la pandemia del coronavirus. Efectivamente, la pandemia entró en una región que ha sido azotada por una serie de crisis preexistentes —económicas, políticas, sociales y ecológicas—, así como una oleada de rebeliones populares en contra de las fuerzas de desarrollo capitalista.

En este contexto de crisis exacerbada por la pandemia del covid-19, la condición social de la población en América Latina, que ha experimentado un deterioro apreciable desde el fin del ciclo progresista, se ha tornado aún más grave. Por un lado, se han revertido las mejoras significativas logradas por los gobiernos progresivos en la tasa de pobreza y en las desigualdades en la distribución del ingreso. En mayo de 2020, la CEPAL publicó una proyección de los aumentos esperados de la pobreza en 2020, sobre la base de su cálculo conservador de lo que constituye la pobreza. El informe sugiere que habrá 28.7 millones de personas más pobres y 15.9 millones más de personas extremadamente pobres en la región para fines del mismo año. Sumado al número existente de personas empobrecidas y extremadamente empobrecidas, la cifra total proyectada de personas pobres para fines de 2020 es de 214.7 millones, o el 34.7% de la población de la región, y un total de 83.4 millones de personas en pobreza extrema.

La única excepción a esta situación, a pesar del desplome de los precios de las materias primas en los mercados capitalistas y de los im-

portantes avances del coronavirus, es Bolivia. Hasta el golpe de Estado que siguió a Evo Morales y su régimen progresista (en noviembre de 2019), Bolivia sigue registrando una tendencia hacia el crecimiento económico. En 2013, cuando la economía de Brasil había colapsado con una tasa cero de crecimiento, Bolivia experimentó una tasa de crecimiento de 6.8%, a pesar del descenso en los precios de los bienes de consumo desde abril de 2011, con los precios del estaño en 2013 cayendo 14% y la plata 28%. En este contexto, las fuerzas de la extrema derecha no podían, como en los casos de Argentina y Brasil, tomar provecho del colapso del ciclo de alto crecimiento económico para lograr un cambio de régimen. En Ecuador, el fin del ciclo progresista no dependía ni del colapso del auge de las materias primas, ni de un golpe organizado por una alianza entre élites económicas, extremistas cristianos y fuerzas de seguridad, como las que depusieron a Evo Morales. El fin del ciclo progresista y el regreso de la derecha neoliberal, fue producto de una traición de un militante de Alianza País (AP), el movimiento político de Rafael Correa.

Para agravar la situación de crisis económica, en países gobernados por un régimen progresista, provocada por el colapso del ciclo de altos precios de las materias primas, se sumaron los impactos desastrosos y mortales del coronavirus, y las continuas contradicciones ecológicas del capitalismo extractivo. Esta situación no se limitó a los regímenes progresistas de América del Sur. Estas condiciones se pueden encontrar con variaciones en toda la región y, de hecho, en todo el mundo. Como ha señalado Wallace (2020), las transformaciones estructurales en los sectores extractivos, como la agroindustria en todo el mundo y los patrones asociados de hiperdeforestación planetaria, etc., están profundamente asociados con los orígenes del covid-19 y las posibles amenazas virales futuras de una variedad similar.

No es por casualidad que, dentro de la dinámica del capitalismo mundial, algunas de las luchas sociales y conflictos más vigorosos de América Latina se han exacerbado, durante los últimos años, en aquellos sectores que expresan las manifestaciones regionales particulares de los avances del capital extractivo en el proceso de desarrollo —la agroindustria monocultivo y la extracción de petróleo, gas natural, minerales y

metales. Tales campos de batalla, tanto en América Latina como en las otras regiones del sistema mundial capitalista, están asumiendo dimensiones novedosas en este contexto de crisis.

Conclusión

¿Qué podemos concluir de nuestra revisión esquemática de la dinámica actual de crisis del desarrollo capitalista en el contexto regional? En primer lugar, debemos distinguir más claramente entre la dinámica de la era geológica actual (el Antropoceno), en el que la actividad humana ha sido, sin duda, la influencia dominante en la crisis climática, y la dinámica contemporánea del desarrollo capitalista, para entender el impacto destructivo del capitalismo extractivo sobre el medioambiente, y los modos de vivir en las comunidades indígenas y agrícolas, que se encuentran en la frontera extractiva que se expande rápidamente en los márgenes y periferias del sistema capitalista mundial. La razón de esto es que las fuerzas contrahegemónicas, cuyas condiciones (desarrollo y resistencia) son generadas por la dinámica de las crisis del sistema, requieren no sólo una acumulación y concentración de condiciones objetivas (fuerzas de desarrollo capitalista), sino también humanas o agencia social, fuerzas de resistencia al avance del capital y sus impactos destructivos. Esto se trata en el capítulo 6 de este libro.

Como sostienen Barkin y Sánchez (2017), en el contexto latinoamericano, las fuerzas de resistencia están vinculadas a la dinámica del desarrollo capitalista en coyunturas específicas y situaciones concretas de lucha activa: una lucha de clases por la tierra y el trabajo y, en el contexto actual, el activismo comunitario en la frontera extractiva. Antes de entrar en el tema, se puede postular, como argumentó Marx, en un contexto histórico diferente, que cada ciclo en el desarrollo capitalista de las fuerzas productivas y cada avance del capital en el proceso de desarrollo, genera fuerzas de resistencia que se pueden movilizar a la derecha o a la izquierda por movimientos sociales que encarnan estas fuerzas.

La dinámica contemporánea del desarrollo capitalista en la frontera extractiva y el ciclo correspondiente de resistencia en América Latina, proporcionan bastante evidencia sobre esta obviedad. El problema es determinar el resultado de esta correlación de las fuerzas de clase: las fuerzas del desarrollo capitalista que empujan en una dirección (la crisis y el daño ambiental), y las fuerzas de la resistencia, que empujan en una dirección posneoliberal o de posdesarrollo capitalista, así como la esquiua búsqueda de justicia social y ambiental; pero esto no se puede determinar teóricamente, requiere una mirada más cercana a la evidencia empírica y más investigación desde una perspectiva crítica o alternativa de desarrollo.